

Editorial



¿Compromiso o independencia? Principales retos del científico social colombiano

ICP-OPEAL, septiembre 2011

Marcela Escandón Vega, Directora de Investigación y análisis (ICP).

marcela.escandon@icpcolumbia.org

Ciencia Política, Sociología, Historia, Antropología, Filosofía, Estudios Culturales, entre otras, son disciplinas que hasta hace un par de décadas no eran consideradas por muchos un área del conocimiento relevante, mucho menos una opción de vida. Sin embargo, cada semestre aumenta el número de jóvenes que se inscriben en universidades colombianas de diversos costos, tanto públicas como privadas, en las denominadas ciencias sociales o humanas. Ello, en buena medida obedece al ímpetu de muchos y muchas por entender la realidad de nuestro país y aportar a la solución de su complicada situación social, en especial, de su prolongado conflicto armado.

De hecho, para intelectuales de todo el mundo, desde distintas disciplinas y corrientes teóricas, el tema de la guerra ha sido un problema de constante preocupación, en todos los momentos históricos. En 1991, durante la Guerra del Golfo, escribió Umberto Eco sobre el papel de los intelectuales en el tiempo presente, en su bastante conocido artículo “Pensar la guerra”. Hoy, desde la Colombia del siglo XXI, compartimos tal inquietud, en medio de una violencia cambiante pero persistente y ante la coexistencia de fenómenos sociales muy complejos y de larga data. Ante este contexto de violencia histórica, y en medio de importantes debates que se libran en nuestro país sobre temas como corrupción, elecciones locales, educación, justicia transicional, distribución de tierras, reparación a las víctimas, penalización o aceptación del aborto, entre muchos otros, hoy debemos seguir preguntándonos por el papel que debemos jugar los científicos sociales en Colombia.

Algunos de los principales aportes que se reconocen a las Ciencias Humanas, incluso en Colombia son, entre otros, el análisis crítico de la sociedad; estudios juiciosos y completos sobre fenómenos sociales; rigurosas investigaciones históricas que rastrean causas, desarrollo y cambios; y visiones que superan la coyuntura y los comentarios parcializados. Sin embargo, para que los humanistas de este país puedan transformar su realidad, tal como lo deseaban al

iniciar sus carreras (o más bien lo deseábamos), se enfrentan a tres principales retos, íntimamente relacionados, y que a continuación se exponen brevemente.

1. Trascender la teoría. Del habla a la acción

Conocimiento es poder. Foucault y muchos otros celebres pensadores lo demostraron hasta la saciedad. Sin embargo, no todo el conocimiento llega a ser poderoso. Ello significa que no siempre quien está mejor preparado es aquel que toma las decisiones, y un ejemplo de ello es que en Colombia, como en el resto del mundo, la política no la hacen los politólogos. Con esto, no se quiere promover el gobierno de la élite intelectual; más bien se quiere llamar la atención acerca de la aún precaria relación entre los centros de poder y los círculos académicos en general.

Ello no obedece a una falta de compromiso por parte de los pensadores de este país, mucho menos a problemas de calidad de sus trabajos. De hecho, un ejemplo de ese compromiso es el auge que ha adquirido entre los intelectuales el tema de construcción de memoria, como lo señala Hugo Fazioⁱ. Tal desconexión obedece principalmente a la dificultad de todo intelectual de pasar de la teoría a la práctica, así como a la relación entre toda ciencia y su objeto de estudio.

Esto puede ilustrarse a través de la figura metafórica de un humanista analizando los fenómenos sociales con bata y guantes, a través de un microscopio, pues con el “nacimiento” de estas disciplinas nace una nueva *actitud de científico* en el área de lo social, la cual trae implícita la ilusión de distancia frente al objeto de análisis. De acuerdo con esto, los humanistas estamos condenados entonces a privilegiar el status de ciencia por encima de la incidencia política. Ello significa que muchos no pasan de la teoría a la práctica, y que, los pocos que lo hacen pueden ver en peligro su reputación en el mundo de la Academia.

2. Anteponer el rigor a la ideología

No pasar del habla a la acción es en últimas privilegiar el rigor y la independencia por encima del compromiso político o la transformación del presente, aunque así formulado pueda resultar paradójico. Caricaturizando un poco el asunto, los científicos sociales iniciamos nuestras carreras con el fin de aportar a nuestras sociedades, pero para mantener el estatus de ciencia se requiere no hacerlo. Universidades y centros de pensamiento de gran renombre hoy llevan esta bandera. Sin embargo, el rigor no necesariamente ha de ser antagonista de la acción, siempre y cuando vaya acompañado de la responsabilidad. Con ello me refiero a que es preferible la sinceridad de la academia abiertamente declarada liberal o conservadora, de izquierda o de derecha, a favor de derechos LGBTQ o de la moral y la religión, etcétera, a la que suaviza su tendencia ideológica y aparenta neutralidad para no suscitar debate.

Tal postura, llevada a cabo de manera responsable y moderada, permite orientar a la sociedad en general sobre la producción de sus círculos académicos, a la vez que favorece el

acercamiento hacia sectores políticos con ideas afines. En otras palabras es imposible abstenerse de tomar partido, por lo cual es mejor hacerlo de manera abierta. Como sostiene Umberto Eco “la función del intelectual consiste en determinar críticamente lo que se considera una aproximación satisfactoria al propio concepto de verdad...”ⁱⁱ.

3. Acercaarse a los tomadores de decisiones

La consecuencia obvia de la superación de los dos retos anteriormente expuestos es la mayor incidencia de los científicos sociales en su realidad. Salir un poco del ámbito de las universidades y dejar de escribir solo para colegas, estudiantes y bibliotecas universitarias puede ser un primer paso. También resulta fundamental profundizar los contactos con los medios de comunicación, estrechar lazos con organizaciones de la sociedad civil y acercarse a instituciones estatales y tomadores de decisiones en su área del conocimiento.

Más diálogo entre la academia y la realidad se ha dicho en numerosas ocasiones, pero al parecer no han sido suficientes, pues esta actitud estratégica de divulgación e intercambio de conocimiento aún no ha tomado auge entre la comunidad académica colombiana. Debemos volver a los inicios de las respectivas carreras, a los primeros semestres donde todas las teorías estudiadas se relacionaban maravillosamente con la vida cotidiana, planteando propuestas y soluciones para hacer de este un mejor mundo. Entonces, nos hace falta una combinación de ese romanticismo de la acción, con el pragmatismo de la divulgación.

Conclusión ¿Compromiso o independencia?

Si bien este debate no está zanjado, y puede llegar a ser bastante polémico, la coyuntura política actual colombiana lo hace plenamente pertinente. La agenda legislativa hoy es lo bastante rica como para suscitar debates teóricos, conceptuales, económicos, sociales, e incluso morales y religiosos. Sumado a esto tenemos el reconocimiento del conflicto armado interno por parte del gobierno nacional, la consolidación de nuevos actores como las llamadas *bandas criminales*, el nuevo accionar de las FARC, elecciones regionales con un nuevo tarjetón electoral, la creación de nuevos ministerios, entre muchos otros importantes cambios.

El caso colombiano nos ofrece hoy importantes retos, no solo en términos del análisis de nuestro momento presente sino en función de la construcción de memoria del pasado y la edificación del nuevo “horizonte de expectativa” que es el futuroⁱⁱⁱ. Ante este panorama, el académico debe ser una suerte de “pepe Grillo” en palabras de Umberto Eco, un consejero que llama a la razón y la prudencia, pero para ello debe acercarse a los oídos adecuados. Finalmente, más allá del dilema entre permanecer independiente o comprometerse políticamente, los intelectuales deben afrontar el desafío de construir -junto al Estado, el sector privado, la sociedad civil y los distintos sectores sociales- un marco político adecuado para la reconciliación nacional que tanto necesita el país. En ese sentido, los científicos sociales tenemos mucho que aportar.

ⁱ Fazio Vengoa, Hugo. La historia del tiempo presente: historiografía, problemas y métodos. Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 2010

ⁱⁱ Eco, Umberto. "Pensar la guerra" en *Cinco Escritos Morales*. Barcelona: Editorial Lumen, 1998. p 15

ⁱⁱⁱ En palabras del historiador alemán Reinhart Koselleck. Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona : Ediciones Paidós, 1993.